



## DISCURSO

**PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR MANUEL MESTRE GHIGLIAZZA, EN LA VELADA CELEBRADA EN EL TEATRO ARBEU EN HONOR DE LOS SEÑORES MADERO Y PINO SUÁREZ.**

Señoras y señores:

No he vacilado un instante en aceptar la invitación que bondadosamente se me hizo para dirigir la palabra en esta velada. Si el culto cuidadosamente guardado a la memoria del Apóstol cuyo nombre lleva la agrupación que tamaña honra me dispensara, es bastante por sí solo para vencer retraimientos y naturales desconfianzas de aptitud, algo más me daría fuerzas y entusiasmos suficientes: los gravísimos aspectos que el momento actual ofrece ante la mirada de los verdaderos patriotas. En muy próximo y grandioso acto democrático va a ser puesta a prueba la eficacia de las leyes escritas, la capacidad del pueblo para sufragar en los comicios, y el respeto sincero, no vulgarmente farisaico, que esas leyes, el voto de ese pueblo y los torrentes de sangre y de lágrimas vertidos durante una década de luchas, merezcan a los actuales mandatarios de México. En estos instantes, la conmemoración de la muerte de Francisco I. Madero, del que

tremoló la bandera del sufragio efectivo, celebrada fuera de toda ingerencia oficial—separación química tan elocuente como saludable—debe revestir excepcional importancia, por modestos que sean los medios para llevarla a cabo como lo merece. Esta conmemoración anual, tras de lucir el noble sello del desinterés, constituye un dulce recuerdo de gratitud cívica a un desaparecido que nos dejó un reguero de perennes y confortadoras enseñanzas. ¡Quieran los hados que en un muy próximo futuro, su memoria—tinta en sangre de martirio—y la luminosa lección de su vida, no tengan que ser lanzadas por el pueblo como un durísimo reproche, como un límpido espejo, confusión de traidores y de farsantes, a quienes osaren violar los principios invocados por el Apóstol en su grito de guerra de 1910!...

El grande ejemplo de moderación que, como en su obra política, nos dejó en su lenguaje Francisco I. Madero, debe ser siempre imitado, y mayormente en ceremonias en loor suyo. Así, para recordar algo de lo que fué el régimen porfirista, tras de mis recuerdos siempre vivos, no hallaré mejor fuente de líneas y colores que lo asentado por el propio Madero en su famoso libro "LA SUCESION PRESIDENCIAL EN 1910." No hay en él la menor acritud ni destemplanza; leído ahora con la posible serenidad, al palpar los múltiples terribles efectos que aún venimos resintiendo como consecuencia de la falta de educación cívica durante el régimen dictatorial del general Díaz, quizá pudiéramos hallar al escritor demasiado benévolo para con el artificio de aquella obra política, brillante, sí, pero de muy

endeble consistencia—ya lo palpamos—e hija del más impenitente egoísmo que, disfrazado con las galas del amor a la patria, no se curó de preparar nada sólido para el porvenir de ella.

¿Quién de vosotros no conoce la legendaria historia militar del general Porfirio Díaz? La pesada y deslumbrante carga de laureles que en buena lid arrebató a la victoria en sus luchas con la reacción y con el enemigo extranjero, sirvióle para escalar, después de dos grandes rebeliones contra gobiernos legítimos, la Primera Magistratura de la Nación. No menos sabéis cómo se comportó una vez logradas sus aspiraciones. La deslealtad de este hombre a los principios que proclamara en sus alzamientos revolucionarios fué capitalísima, y de hasta hoy trascendentales consecuencias. Su célebre manifiesto al pueblo mexicano, dado en La Noria, en noviembre de 1871, terminaba con estas inolvidables palabras: “QUE NINGUN CIUDADANO SE IMPONGA Y PERPETUE EN EL EJERCICIO DEL PODER, Y ESTA SERA LA ULTIMA REVOLUCION”. ¡Y descontando el intervalo del período gubernativo del general Manuel González, por él colocado en la silla presidencial mexicana, la ocupó de 1876 hasta 1911, en que la revolución lo puso en el caso de abandonarla. De esta capitalísima deslealtad a promesas tan solemnemente pronunciadas y que tanta sangre habían costado, se desprendieron, como de un árbol maldito, todas las innúmeras violaciones posteriores a la ley, todas las inmoralidades políticas y administrativas, toda la corrupción de la justicia. Cuando el Jefe del Estado da a sus conciudadanos un ejemplo tan evidente de burla y

de desprecio a lo que había sido bandera de dos revoluciones por él promovidas, esos conciudadanos, a quienes en lo político se procura envilecer poco a poco, pueden llegar a creer que una cosa es la palabra del hombre público y otra la del hombre privado; que la falta a la segunda es siempre culpa grave y deshonrosa; que la falta a la primera, o no significa nada, o es algo venial, de poca monta, y que aun más tarde, contando con la corrupción de la conciencia colectiva, llega hasta ser presentado como un golpe de alta política, como un inmenso e inapreciable servicio a la nación.

Sí, señoras y señores: durante treinta años, de una manera lenta y perseverante, se consiguió la casi total emasculación cívica del pueblo; se logró que la mayor parte de ese pueblo sólo conociese un culto, el del becerro de oro, el de los bienes meramente materiales. Los que intentaban de algún modo predicar la ingente necesidad de sólidas conquistas en el orden legal y moral; los que, trémulos de santa indignación ante la podredumbre judicial, ante el agarrotamiento de todas las libertades públicas, procuraban despertar al pueblo con inflamado y viril lenguaje; los que, medianamente cultos, sabían a diario del estado político que guardaban los países civilizados del orbe, y no veían que nuestra patria fuese cosa radicalmente distinta en lo absoluto e indigna de tales bienes, y ya no comparándola con las grandes y viejas naciones democráticas, sino con algunas de nuestras hermanas de América, como la joven y gran República del Plata, o como la Chilena, tan libres de dictaduras como de demagogias, esos hombres eran calificados, cuando

más benignamente, de ilusos: las más de las veces, de gente revoltosa y peligrosísima para la salud pública, que quería perturbar con sus locas o malévolas predicaciones las dulzuras del paraíso encantado de la paz porfiriana.

Y no tengo que recordaros cuál fué la suerte reservada comúnmente a estos apóstoles de la prensa o de la tribuna; nadie la ha olvidado. Tampoco insistiré en la impenitencia inquebrantable del Dictador, el cual gobernó de esta suerte a México, sin la menor modificación en su política, desde 1884 hasta 1910. Nada le hizo cambiar de opinión en tiempo oportuno. Triste verdad histórica es decir que la inmensa mayoría de las clases directoras de nuestra patria, ya por la conservación egoísta de los bienes materiales alcanzados o acrecidos por la sola virtud de la paz, ya por cobardía, ya por convicción general de que era locura oponerse a la voluntad incontrastable del autócrata, le apoyaron en su obra, sin darse cuenta—o lo que sería peor, a sabiendas—de que al faltar el artífice, que para llevarla a efecto había reunido especialísimas circunstancias, no podría menos de venir por tierra, preparándose tan sólo el caos más espantoso, hijo legítimo de las nulas enseñanzas cívicas para toda una generación. Sí; ochenta años contaba el general Díaz cuando el glorioso centenario de nuestra Independencia; ya era una de tantas mentiras oficiales la lucidez de su cerebro y la potencia de sus energías; y con todo y todo, él y su mundo político preparaban todavía otra reelección, y aún algo más grave: queríase asegurar en cierto modo la continuidad del régimen, designando como Vicepresidente de la República a un

candidato que, valiendo mucho más que su reputación y descontados justicieramente los apasionamientos de juicio en contra suya, no gozaba en manera alguna de las simpatías del pueblo, ni siquiera de buena parte de los servidores del Dictador.

Años antes, como leves nubecillas que irán juntándose en limpio cielo hasta entoldarle poco a poco con los nígridos y amenazantes velos de la tempestad, comenzaban a destacarse en nuestra patria grupos de hombres que no podían aceptar, tras treinta años de sistemática supresión de todas las libertades públicas, que todavía con increíble y ciega impenitencia, hasta ante los fulgores de la conmemoración del Centenario, se pensase en impedir al pueblo que eligiera libremente a quien debía recoger la sucesión presidencial del anciano Dictador, ya próximo al sepulcro. Entre esos grupos de hombres, y dándose a conocer en una campaña política local, descolló por primera vez Francisco I. Madero.

No trazaré, ni aun brevísimamente, la historia de los comienzos del renombre nacional de nuestro Apóstol. Apuntaré, sí, algo de ineludible recordación. Un libro, a que ya me referí poco antes, desprovisto casi de galas literarias, escrito por él, o como quieren sus enemigos, forjado por mano adicta que supo condensar, eso sí, todas sus ideas, porque siéntese aletear en cada concepto el alma nobilísima del Apóstol, circuló por toda la República, y vino a despertar espíritus dormidos, a llamar fuertemente la atención de otros bien despiertos pero indiferentes o tímidos hasta entonces, a reconfortar

vivísimos anhelos de muchos años en selectas, inquebrantables almas de demócratas.

Encantaban en ese libro la claridad con que estaba presentado el formidable problema de la sucesión presidencial, la moderación para juzgar al Dictador y a su obra, y el valor civil, el puro patriotismo que resplandecían en sus páginas. Si no lo leyeron, claro está, muchos indoctos combatientes en las luchas posteriores, no cabe duda que sobraron quienes, bebiendo en ese evangelio, hallaron en él nuevo sagrado calor y más briosos entusiasmos para inflamar a las muchedumbres.

¿Tendré también que recordaros las gloriosas campañas cívicas de nuestro Apóstol, de aquel a quien la prensa gobiernista de entonces llamaba zumbonamente "el cosechero de Parras"? La República asistió a un espectáculo que no conocía. Un ciudadano sin ningún bagaje de servicios en los campos de Marte; un ciudadano también desconocido anteriormente para las multitudes por otra clase de renombres, recorrió la República, y con un lenguaje sencillísimo pero que llegaba a las almas de los oprimidos, que sabía encender corazones y deslumbrar con mágicos fulgores de esperanzas, anunció a los que no estaban ciegos ni sordos, que una nueva era iba a abrirse para la patria; que ya el reinado de la sumisión incondicional a un hombre y a sus privilegiadas legiones de sátrapas, caciques y plutócratas iba a terminar en plazo más o menos lejano. La mofa o el desprecio con que la prensa asalariada pareció acoger la jira política de Madero y las manifestaciones cada vez más señaladas del despertar del espíritu público, eran meramente de encargo. Hombres

cultos e inteligentes la mayor parte de los escritores de esa prensa, no era posible que se les ocultara el cansancio de los pueblos, ávidos, cuando menos de novedades, la visible y rápida decadencia del Dictador, la impopularidad del designado Vicepresidente, y la simpatía que poco a poco iba revelándose en diversas capas sociales por los obreros valerosísimos que se preparaban a derribar un ostentoso pero bien cuarteado edificio, para sustituirlo por otro en armonía con los ya irreprimibles anhelos nacionales de libertad y de justicia.

Mejor que recordaros detalles que bien sabéis, quiero insistir sobre el noble y sensato designio de Francisco I. Madero. Que él era un evolucionista, y que sólo en último caso se vió obligado a revolucionar, es indudable. Hombre de tan noble corazón que vibraba dolorosamente ante el menor derramamiento de sangre humana, no podían serle gratas las revoluciones, no podía lanzarse ligeramente y sin muy graves motivos a bélicas luchas. Todos recordáis que se conformaba con la libre elección de Vicepresidente de la República. A este respecto, decía en su precitado libro: "La nación se contentaría por ahora con nombrar al Vicepresidente, que indudablemente será el sucesor del general Díaz, porque su avanzada edad hace muy probable que no llegue con vida al año de 1916, fin del próximo período presidencial. Para lograr aunque sea esa débil concesión, parece que el país está resuelto a sacudir su letargo; pero el despertar de los pueblos suele ser tormentoso, y a nosotros que pretendemos guiar con nuestros escritos la opinión pública, nos corresponde la tarea de encauzar las energías populares por el



anchuroso camino de la democracia, a fin de evitar que se desvíen por los tortuosos senderos de las revueltas y guerras intestinas." Nada tan claro ni tan sensato. Pero una vez más se comprobó que los soberbecidos autócratas sólo abandonan todo o parte de su poder ante las olas rugientes de la revolución. Y ésta fué inevitable.

Se ha querido presentar como una postrera prueba del patriotismo del general Díaz su renuncia del Poder. Esto no puede aceptarse. Si bien es verdad que la revolución en el terreno meramente militar apenas había logrado algún resonante triunfo, el derrumbamiento del Gobierno estaba en todas las conciencias: ya aquello no podía vivir. No se burlan afortunadamente las leyes naturales, y los ochenta años del Dictador hacían imposible el reverdecimiento de sus viejos laureles bélicos; ya sólo era una sombra: faltábanle cerebro y bríos de mejor edad para enfrentarse con una revolución mil veces más formidable, por el estado en que encontraba a los espíritus, que por la fuerza material de quienes en el terreno de las armas la sostenían. El derrumbamiento era cuestión de poco tiempo, y sólo se podía diferir en la forma y circunstancias de él. Pero hay un instructivo detalle que conviene recordar, porque es claramente revelador de la inconsciencia o de la ceguera, si no de algo más duramente calificable, que produce el poder largo tiempo gozado por los autócratas. El general Díaz, en su renuncia presentada a la Cámara de Diputados, después de expresar que el pueblo "SE HABIA INSURRECCIONADO EN BANDAS MILENARIAS ARMADAS, MANIFESTANDO QUE SU PRESENCIA EN EL

EJERCICIO DEL PODER ERA LA CAUSA DE SU INSURRECCION," estampaba estas increíbles palabras que serán por siempre asombro de la Historia: "NO CONOZCO HECHO ALGUNO IMPUTABLE A MI, QUE MOTIVARA ESE FENOMENO SOCIAL"... ¡Ejemplo admirable, repito, de ceguera o de inconsciencia exhibida hasta lo último, por quien ni desde 1908 acertó a sentir las palpitaciones vigorosas del alma nacional!

Mas antes de abandonar la visión de la plateada estela del "Ipiranga" y hoy que con más malignidad que espíritu de justicia, se complacen algunos en sacar a la diaria vergüenza de la publicidad las fechorías de mil y mil falsarios de dos revoluciones de noble origen, al par que se ha emprendido la idealización de la dictadura porfiriana, recordemos que el más terrible proceso del Gobierno de Díaz no lo formó una pluma maderista, un espíritu revolucionario, no. En vida y en toda la fuerza del poderío del Dictador, el gran Justo Sierra dejó caer aquella su frase formidable: "ESTA SOCIEDAD TIENE HAMBRE Y SED DE JUSTICIA." Y una sociedad donde hay hambre y sed de justicia, un gobierno que en tantos años no provee a tan sublimes cuanto ineludibles exigencias del alma humana, ni la primera puede ser feliz, ni el segundo merece los aplausos y las bendiciones de la historia! Y por lo que toca a lo que significó la ausencia de las libertades públicas bajo el régimen porfirista, dejadme también cerrar esta parte de mi humilde discurso, con la condenación del Gobierno de Díaz, pronunciada por el mismo gran maestro Justo Sierra sobre la cabeza de uno a quien también llamó "CO-

RRUPTOR INSIGNE," de Pisistrato, el tirano de Atenas: de él dijo en un clásico pasaje: "TODO LO TUVIERON LOS ATENIENSES BAJO PISISTRATO: PAZ, PROSPERIDAD, MEJORAS MATERIALES; TODO, MENOS LO QUE DA A TODO ES UN PRECIO PARA EL ALMA: LA LIBERTAD."

El 7 de junio de 1911 hacía su entrada triunfal en la capital de la República el glorioso caudillo revolucionario. Según declaración unánime de quienes la presenciaron, las ovaciones delirantes recibidas por Francisco I. Madero en ese día, no habían tenido precedente. Y así lo creo. Fuera preciso remontarse al 27 de septiembre de 1821, para encontrar igual unanimidad en los sentimientos jubilosos de todo un pueblo. En efecto, las entradas triunfales que después de aquella memorable fecha había visto la capital de la nación, eran de entusiasmo marcadamente unilateral. Muy amado del pueblo fué Juárez, pero no hay que olvidar que en las dos veces que entró triunfante a la capital de la República, una gran parte de la sociedad en sus diversas capas y el siempre potente clero quedaban gravemente heridos, y bien sabían lo que tenían que esperar del nuevo gobierno que mataba para siempre sus más caras y seculares ilusiones de predominio. No fué éste el caso de Francisco I. Madero. Su gran victoria moral apenas venía nimbada de fulgores sangrientos, y eso muy a pesar suyo. No traía en la diestra rayos inflexiblemente vengadores. Con excepción de unos cuantos hombres que estaban perdidos sin remedio ante la conciencia pública, el nuevo Gobierno, que tras la consagración de la ley había de ocupar el vetusto Palacio Nacional, no abri-

gaba en manera alguna estrechos designios exclusivistas; siempre traía su principal caudillo, menos en la boca que en el alma, la unión de los buenos mexicanos y el aprovechamiento de todas las aptitudes, sin pedir más antecedentes que los de probidad personal; mira eminentemente sensata y patriótica, como que si hubiérase considerado estigma infamante el sólo hecho de haber servido en algún puesto público al régimen porfirista que imperaba en México desde 1876, habría habido que eliminar desde luego a lo más granado de la intelectualidad mexicana, la que de un confín a otro de la República, salvo muy contadas excepciones, por lo que se quiera y de un modo u otro, ya en cargos públicos, ya en actos de adhesión suscritos por su firma, sirvió y aplaudió al gobierno del poderoso caudillo de Tuxtepec.

Mucho se ha censurado después al señor Madero el que no hubiera hecho tabla rasa con todos los elementos político-militares de la administración porfirista. Humildemente creo que ni eso era posible, ni era justo, ni patriótico, pues se trataba, por el contrario, de hacer obra de UNION NACIONAL DENTRO DE LA LEY Y SIGUIENDO LAS NUEVAS ORIENTACIONES REALMENTE LIBERALES Y DEMOCRATICAS y no de echar los cimientos de la obra satánica de las DOS PATRIAS que hemos visto preconizar después. El que la traición escoltara no pocas veces y hasta lo último el paso del Presidente Madero, no arranca de esa política: nada puede borrar el recuerdo de los servicios de miles de mexicanos, que sin haber sido revolucionarios con él sirvieron con lealtad a su gobierno y

amaron al Presidente o lo respetaron hasta el fin. Traidores ha habido en todos los tiempos y dentro de todos los bandos, y los que en nuestros actuales días, salidos del seno de la revolución de Guadalupe, han sido notoriamente infidentes para con los fúlgidos ideales de respeto a la ley, de severa moralidad y de justicia, no sabemos ya qué cifra alcanzan. Injusto, pues, es buscar orígenes a la tragedia final del Apóstol de Coahuila en la obra de sensata conciliación y unificación que comenzó y siguió llevando a cabo durante su gobierno.

Hora es ya de ocuparme algo en éste. Inútil decir que la elección presidencial del señor Madero fué una de las más grandiosas y unánimes que ha visto la nación. Tampoco descenderé a recordar detalles y me limitaré a trazar algunas de las principales líneas que recuerden la emocionante historia. No pueden ser de buena fe los ataques que algunas personas ilustradas enderezan con tanta saña al gobierno del señor Madero. Esa misma cultura les obliga a comprender que dado lo que es México y la especialísima situación en que quedaba el país después de treinta años de dictadura, en la que en el terreno cívico se habían propuesto suprimir efectivamente toda clase de preparación, era imbécil soñarse un gobierno al estilo de Francia, de los Estados Unidos, o de Inglaterra, o siquiera como el de las precitadas repúblicas hermanas de Sud-América, funcionando correcta y desembarazadamente, y esto por la sola mirífica virtud de un cambio de régimen. No, semejante crítica no puede ser de buena fe; los que realmente con ella juzguen, teniendo en cuenta el estado de nuestra patria, no podrán menos de con-

fesar que el gobierno del Presidente Madero, con todos sus defectos, con todas sus innegables deficiencias, es el más liberal, el más demócrata, el más noble y el más honrado que ha conocido la actual generación mexicana. Presidente que no perseguía a sus enemigos, que a no pocos de éstos los invitaba a tornar del voluntario exilio, que repugnaba el olor de la sangre humana, que ignoraba los odios implacables, que estaba lleno de piedad para los desgraciados y de fácil y franca acogida para todo el mundo; que no supo de arrogancias dictatoriales, era ya mucho para la generación que sólo había conocido la mano de hierro de un dictador y de no pocos de sus sátrapas y caciques.

Y sin embargo de estas evidentes excelencias, los espíritus infernales de la envidia o del despecho, los que no concebían un Presidente "bon enfant", los que no respetaban las simples virtudes cívicas si no veían reverberar o restallar en la diestra del mandatario la espada fulminadora o el látigo razonante; los que no sabían apreciar lo que se había ganado en simple dignificación del ciudadano; los que no merecían este honroso título, ni mucho menos que se les devolvieran unas libertades que ahora volvían contra el generoso pecho reivindicador de ellas, usaron y abusaron de la prensa, de la tribuna, y, en general, de la viperina lengua en todas partes, para llenar de befa, de escarnio, de lodo y de desprestigio a aquel mandatario que tan nulos respetos trágicos imponía.

Así fué como ni un momento de reposo pudo gustar el buen Presidente. Todo parecía disgregarse y sublevarse en torno suyo; y él, aunque valor

le sobraba, aunque bravo corazón anidaba en su pecho, jamás soñó tornarse en dictador, jamás en traicionar su origen. Pudo cometer y cometió no pocos errores que en su día juzgará la Historia; pudo la pasión—que humano era al fin— nublar algunas veces su criterio; pero jamás ejecutó ninguno de aquellos actos que deshonran para siempre una vida, que obscurecen o empurpuran con indeleble mancha una memoria. Hay unidad moral en su existencia: el que, hijo de las clases privilegiadas, dejó su tranquilo bienestar sin solicitudes de vulgar codicia o de venganza de agravios personales que no había recibido, y sólo en servicio de un noble ideal, se arrojó a peligrosísima lucha contra un poder reputado invulnerable e incommovible; el que con riesgo de su existencia salvó al general Navarro en Ciudad Juárez, es el mismo que no mandó aplicar la ley fuga a Bernardo Reyes, ni impidió que la justicia federal amparase efectivamente a Félix Díaz; es el mismo que muy poco antes de la tragedia final resistió a la razonada súplica de un grupo de sus fieles amigos políticos para ponerle sensatas y legales cortapisas a cierta prensa infame, hambrienta de demoliciones, enlodadora de todos los prestigios, asesina de todas las honras, mal velada o franca incitadora a la rebelión de los institutos armados; es el mismo que no tuvo favoritos rapaces ni patrocinó franca o hipócritamente negocios de ningún género a favor de su elevada investidura; es el mismo que, recordando aquellas paredes de cristal de que habla la conocida frase, tras de las que debe transparentarse la limpia vida de un hombre público, ofreció también a las

miradas de la sociedad capitalina la imagen de un sencillo y honesto hogar, en que todas las virtudes privadas tenían su asiento. Y bien, sobre la cabeza de este hombre, de este noble Apóstol, sobre el gobierno de este bondadoso mandatario, cayeron todas las más viles calumnias, todos los más emponzoñados dardos del ridículo, todas las lapidaciones del odio, todos los cienos del despecho, lanzados por esa misma prensa que gracias a su obra valerosísima había recobrado sus libertades para hacer tan infame uso de ellas!...

El gobierno de Francisco I. Madero fué, por consiguiente, un gobierno de perennes combates sobre todos los terrenos, en el que debemos admirarnos de que no poco bien se haya hecho cuando tuvo que vivir a la defensiva, digámoslo tristemente, no sólo contra los naturales enemigos, sino contra los que, diciéndose correligionarios, eran por su conducta una rémora y un descrédito para la administración de nuestro Apóstol. Fuera impropio de esta solemnidad y desde luego no cabría en los límites de un modesto discurso, seguir paso a paso el VIACRUCIS del noble Presidente de la República. La Historia condenará justamente en su día a todos los que de un modo u otro, ya en el propio campo o en el adverso, estorbaron y al fin impidieron, ciegos o dementes por bastardas pasiones, que se consolidase y llegase a legal término aquel gobierno liberalísimo, el primero que de un modo realmente espontáneo, se había dado el pueblo hacía ya muchos lustros! Y lleguemos a la tragedia final.

Una conjura tenebrosa de averiados reactores logró arrastrar a la infidencia a una fracción muy



pequeña del Ejército Federal, y también sedujo nada menos que a una escuela de jóvenes oficiales, a quienes como preparación del porvenir, se les iniciaba en la deslealtad a su honor militar y al Gobierno constituido. Eligieron para poner al frente del movimiento rebelde a dos cautivos generales, que por cierto no hubieran tenido semejante oportunidad novísima de acaudillar motines y sublevaciones, si en tal camino estrenáranse bajo la férrea mano del que llamó el tribuno Urueta "el astro rojo". Terrible mañana la del nueve de febrero de 1913. Culminó en ella la gallarda marcha del Presidente de la República escoltado por los jóvenes cadetes de Chapultepec desde la que era la legendaria mansión de éstos hasta el Palacio Nacional; y también, desfilaba entre vuestros recuerdos indudablemente, la simpática y caballeresca figura del veterano Lauro Villar, el Comandante Militar de la Plaza, que radiante de lealtad y de valor, realizó dentro y fuera del Palacio Nacional las hazañas que son legítimo orgullo de su vejez gloriosa, que hoy se desliza imponiendo a todos respeto y cariños en la playa heroica de Veracruz. Con la herida que le imposibilitó para continuar en el mando de la plaza y de las tropas fieles, pareció marcar el destino el principio de la sentencia de muerte de aquel Gobierno Constitucional; esa bala maldita fué la más valiosa aliada de la traición capital que apuntó en seguida.

De destino he hablado, y en verdad que parece obra de aquella terrible divinidad antigua, el cómo se halló el hombre siniestro a pocos pasos del columbino Presidente en los momentos críticos para bordar otra vez con maestría suprema la infame co-

media de su lealtad; el cómo se fió con todo y todo en las manos de semejante dipsómano la suerte del Gobierno. La Historia en su día hará la serena crítica de la responsabilidad de este nombramiento, recaído en un militar cuyas arterías histrionescas no debieron ocultar nunca las básicas inmoralidades que se le conocían; en un murmurador divisionario, desagradecido e inquieto, que poco antes no había tenido empacho en dar pública respuesta a un cuestionario que le fué presentado por uno de los más implacables enemigos del Gobierno, respuesta que pintaba perfectamente el carácter retorcido del hombre y las anfractuosidades y vericuetos de su negro espíritu.

Con todo y todo se le nombró por la más ciega de las confianzas. Desde ese punto y hora, y reanudadas antiguas pláticas con los conjurados ya en armas, comenzaron a entretejarse más y más los hilos de la vivida tragedia, reclamadora de un Shakespeare contemporáneo. ¡Para qué hacer desfilar, en pálido relato ante vosotros aquella serie de escenas inolvidables! El drama siguió, hasta que una tarde las campanas de la Catedral de México anunciaban una vez más, en sus inconscientes júbilos seculares, que la traición podía ostentarse con regocijo y como un lauro en la vida política mexicana; que la vulneración más brutal del Derecho lucía las galas de fúlgida victoria. Dícenme quienes tan tristes escenas vieron, que al día siguiente hubo un desfile por las principales avenidas de la grande urbe, en que cosecharon vítores, palmas y floridas coronas los victimarios del Gobierno Constitucional de la República. Si tal cosa fué cierta, no creo que

nuestros futuros historiadores puedan anotar con indignada pluma mayor miseria moral, mayor inconsciencia; sumado este hecho a posteriores vergüenzas, pudiera servir para explicar, cuando menos, ciertas puniciones o sufrimientos colectivos, injustos naturalmente, pero de pronunciado sabor a vengadoras plagas bíblicas.

A los pocos días tuvieron su natural remate las bien comenzadas tragedias con el sacrificio, a favor de las sombras de la noche, de los dos Primeros Magistrados de la República. Ya el bronce del heroico Morelos en la explanada de la Ciudadela había asistido al asesinato de Gustavo Madero, aquel hombre de carácter, a quien el maléfico poder de infame prensa, manejada por los múltiples enconos de sus enemigos, le formara una infernal leyenda de codicias y de perversidades inauditas. La misma Ciudadela vió también el fusilamiento del bravo nauta de Campeche, el intendente Bassó, quien antes de perderse en la eterna noche, con sereno ademán alzó la vista a los cielos, impasible una vez más ante el crimen, buscando la polar que en sus vigiliias de marino tantas veces sirviérale para aproar su nave por sobre las ondas encrespadas del Golfo. Nadie recogió el último suspiro de los dos Primeros Magistrados de la República; unidos en la victoria, lo estuvieron en las torturas de la cautividad, y con pequeño intervalo, también recibieron juntos la muerte traidora. Ningún Supremo Mandatario de México, ni los más odiados, había perdido la existencia, asesinado en las sombras de la noche, tan gratas al crimen. Tocó a nuestros días de decantado progreso moral y duleificación de costumbres,

presenciar cómo malos hijos de nuestra patria imprimían por primera vez en la historia de ella una mancha indeleble, que, cual dijo el sublime bardo de Inglaterra, ni todas las aguas del océano lograrían borrarla.

Años han pasado, desde aquellos lúgubres días; la República ha sido un inmenso haceldama de fauces siempre más o menos abiertas hasta la hora actual, y sobran por desgracia signos fatídicos para presagiar que las tragedias no han terminado. ¡Cómo pedir a todas las almas serenidad para juzgar debidamente la obra revolucionaria de 1910! Alentado aún entre ruinas, y viendo por todas partes rastros de sangre y de lágrimas, parece que hasta los hombres que con limpia conciencia y puestos los ojos en la salud de la Patria, tomaron parte de algún modo en el alzamiento de 1910, tuvieran motivos para exclamar con Mirabeau en la inmortal asamblea: "ME INDIGNA EL PENSAMIENTO DE NO HABER CONTRIBUIDO MAS QUE A UNA VASTA DEMOLICION." Invocando esas ruinas, esos rastros de sangre y de lágrimas, señalando la presencia o el recuerdo de tantos miserables falsarios de una excelsa obra de castigo, de restablecimiento legal y de purificación, y haciendo armas de prematuras conclusiones sociológicas, de enseñanzas históricas ligeramente interpretadas, hay muchos que no pudiendo negar la buena fe de la obra de Madero, exclaman que es evidente lo pernicioso que ha sido para la salud, y quién sabe si para la vida de la Patria!

Jamás podremos suscribir, ni en nuestro fuero interno, tan injusta sentencia. Sin desflorar aquí el

formidable problema que nos ofrecen nuestros millones de analfabetos, tenemos un terreno más limpio y desembarazado. Mientras no se pruebe que los tres o cuatro millones de verdaderos ciudadanos con que cuenta México sean de otra pasta, ya no diremos de la que de ese género hay en los grandes países liberales y democráticos de Europa, sino también radicalmente distintos de argentinos, chilenos, uruguayos y brasileros, que como quiera que fuere, viven bajo regímenes que no son ni dictaduras ni demagogias, no podremos aceptar que Francisco I. Madero haya hecho sólo una obra de generoso iluminado y que los mexicanos que saben leer y escribir, y mucho más los que ocupan peldaños diversos en elevadas escalas de la cultura humana, estén condenados a vivir siempre bajo la espada de un dictador, único que puede, por las supuestas peculiaridades de la raza, enfrenar instintos anárquicos y darnos así la única paz a que podemos aspirar: la meramente mecánica.

No, señoras y señores: los que así sentencian la obra de Madero sentencian al mismo tiempo la vida de la Patria. Porque un país en el que no se niega que hay cuatro millones de ciudadanos conscientes de lo que significa ese honroso nombre, pero a los que al mismo tiempo se les acusa de falta de voluntad o de valor para cumplir con sus deberes cívicos o de perversamente intencionado cumplimiento de ellos; y cuando esto sigue ocurriendo hasta en la época actual en que deslumbran al mundo esplendores de libertad y de democracia; cuando la naturaleza lo coloca al lado de un pueblo que precisamente debe su grandeza al sincero culto a aque-

llas excelsas diosas, ese país, en efecto, sólo sirve para ser carne de esclavitud de naciones más fuertes o para que le impongan simple protectorado, no menos ignominioso cuando ya había gozado por una centuria de la plena soberanía. ¡Cómo, pues, aceptar esta infundada sentencia de vergonzosa incapacidad para la vida libre y democrática, si de ella se desprende la esclavitud o la afrenta de la Patria!

Y no nos habléis tampoco de la obra demoleadora de esperanzas de muchísimos de los que se dicen nuestros. Ella no puede ni lascar ligeramente la noble doctrina del Apóstol, como las impurezas y crímenes de no pocos Papas y Prelados de la Iglesia Católica no han logrado matar ni opacar siquiera, la obra moral y dignificadora del divino poeta Nazareno, antes así con ello más se prueban sus inmortales y sublimes excelencias. No, la obra de Madero, con ser de un corazón generoso, plétórico de amor a la Patria y a sus libres instituciones, es obra sensata y realizable: no es concepción febril de visionario con la planta en la tierra y la encendida testa en las nubes. Diez años de tempestades revolucionarias—vulgar es decirlo—son un átomo en la vida de la Historia: no pueden ser criterio de condenación definitiva para un pueblo. Y que la obra del Apóstol de Coahuila fué grandiosa; que no se ha perdido la bendita simiente que sembró, y que el recuerdo de su vida quedó por siempre embalsamado en innúmeros corazones, lo prueba precisamente este hecho: las brutales decepciones sufridas, las mascaradas tragicómicas a que no pocas veces hemos asistido durante los últimos años, no han

podido arrancarnos, ni la fe en la obra que triunfará al fin y a la postre, ni el culto sincero a la memoria del buen Presidente. Cada día, eso sí, repetiremos con el dulce Renán en la sagrada colina del Acrópolis: ¡OH DEMOCRACIA, ENSEÑANOS A EXTRAER EL DIAMANTE DE LAS MUCHEDUMBRES IMPURAS!

Señor: Los que te amamos y comprendimos, llegamos a esta solemnidad con infinita ternura. Años han pasado desde tu triunfo y tu martirio, y lejos de dudar de ti y de tu obra, con todo y la furia de satánicos embates que adrede parecen reunidos en conjura para quebrantar nuestra fe en aquélla, ya que no pudiera menguar nuestro cariño hacia ti, esa fe y ese cariño, robustecido el último por las comparaciones, crecen más y más. Puede la escarcha del tiempo haber caído sobre nuestras cabezas, pero se ha deslizado prodigiosamente sin congelar las almas, que aún alientan el mismo fuego sagrado que prendiste o reencendiste en ellas con tus predicaciones en tus años de Apóstol. Recordarte es evocar gratamente nuestra juventud, nuestros sueños con un México grande por la Libertad y por la Justicia, y tú fuiste el maravilloso avivador de ellos. ¡Nos tocará en una hora próxima y solemne para la joven democracia mexicana, ver impía y nuevamente burlados los principios que proclamaste, por buena parte de los que dijeron haber recogido tu bandera, santificada por tu sangre generosa?... No lo quieran los hados... De todos modos, día llegará en que la generación que se levanta, hoy enferma de duda y de escepticismo por las desmoralizadoras lecciones objetivas a que ha venido asistiendo, pue-

da estudiar tu historia cuando tenga a la vista en todos los hombres públicos de entonces, vivientes paradigmas de alto civismo, de probidad insospechable y de sincero amor a la Patria. En ese suspirado día, no será en modesta conmemoración como se te honre y glorifique, sino que entrado en todas las almas mexicanas conscientes de lo que fueron tu vida y tu enseñanza, recibirá anualmente tu memoria, más que justísimos desagravios, los homenajes jubilosos del pueblo, que a tu sepulcro irá a deshojar flores de inmenso, de inextinguible amor.